

Cuatro gotas locas

A los 33.000 «Orientales».

Tiempos hubo en que pudo ser creíble aquel encanto de cada tarde —cuando Gloria avanzaba hacia él sobre su formidable par de piernas y como sabiéndolo— que inauguraba un mundo prodigioso. Sus ojos sin confines la delataban poseedora de la inconsciente conciencia de que su impacto —adueñándose de Raúl, de todas las miradas— le infundía seguridad y poderío. Por cierto, un poder menguado respecto de la magnitud desmesurada ante la que él o aquél o éste otro, míseros mortales, sucumbían al concederle. Poder sumamente relativo y lábil pero que —en ese tiempo sin intruso— engendraba placer y alegría.

El salió de Tribunales y se plantó, como en cada cinco tardes por semana, frente a la plaza dedicado a escrutar entre la provocación tropical de los gomeros que la devoraban en su sombra abusiva. Fue entonces cuando ella, caprichosamente puntual, surgió y volvió a ser única, excluyente, borró una vez más el paisaje, las gentes, la opresiva mole de los Tribunales. Gotas como monedas fueron aplastándose perezosas, aquí y allá, formando embudos en el polvo de la plaza, orlándose de pestañas como el oro de la baraja contra las baldosas calientes, apresurando el paso de la mujer más hermosa del mundo.

Como en cada reencuentro, Raúl gozó de un arrebató en la sangre pero esta vez paladeó una estrategia o, mejor, estratagema: protegerla, hasta que cesaran esas cuatro gotas locas que no mojan pero empapan, metiéndose en el café Smart —antro jamás hollado por ellos a causa de su elevada contaminación de periodistas y vendedores de fianzas—, violar el pacto tácito de un par de martinis resecos en el Sportman, la desesperanzada exploración de librerías, la película menos impotable y el amor pasada medianoche. A cambio de eso, ir desde el café directamente a la cama confiando en que, recién entonces, se oficiara todo el aparato de la lluvia como culminación y fe de existencia de aquel mundo prodigioso que ella inauguraba cada tarde. Fue un pa-

so en falso; la perra vida no le había demostrado, aún, que no se debe proteger a las diosas.

El plan funcionó pese a la violación de los ritos. Dios dejó ver su cara en reiterado alarde exhibicionista y hubo bienaventuranza compartida, con redblante fondo de aguacero. Parece sin embargo inevitable que, después de esas noches, haya siempre que pagar en días contantes y sonantes. Uno, otro y otro más, hasta que vuelva a repetirse —o no— el momento perfecto y así sucesivamente hasta que la Luna se precipite a Tierra o el Sol decida estallar de una vez y para siempre terminando con el sinsentido que, a través de los siglos, hemos pretendido racionalizar sin fortuna.

Si el sino o la muerte no tercián, no faltará ocasión para que una presencia fortuita —alguien, un perfume, tristes recuerdos agazapados— nos despoje de los sueños frotándonos el hocico contra la inmundicia, condenándonos a una cruda vigilia eternamente confiada en el improbable retorno de la dicha. Tan impeorable estado —que Gloria no dudaría en calificar de «suspensión acuosa»— puede ingresarnos en la pesadilla y un paso en falso, el menor descuido, precipitarnos en el terror, la parálisis o la nada.

Tras muchos meses de triunfos y recaídas, Raúl había logrado ignorar la presencia del incesante, agorero gemido de las sirenas policiales —y la de aquellos otros coches, mucho más siniestros, que circulaban mudos, sin placas ni destino confesable—, telón de fondo que, en una eternidad de terror solapado, imponía silencio a la ciudad, clausuraba caras y gestos de justos y pecadores. Fue precisamente al día siguiente de la noche anterior cuando ese peculiar estado de suspensión acuosa asomó sus cuernos. No bien entró en la sala de prensa de Tribunales, Raúl fue vejado por el saludo sospechosamente inusual y la sonrisa húmeda del Gordo Padilla, más conocido en la redacción como «El Yeti». En aberrante incongruencia con su metro noventa y su anchura de dos plazas, Padilla tenía rasgos y cabeza, piel y manos y pelambre de enano.

La situación se agravó cuando ese auténtico enano más grande del mundo, con el que apenas si había cambiado palabra a lo largo de tres años, arrojó el periódico sobre su mesa y, en un evidente intento de inaugurar una relación rezumante de complicidad, se arrimó a Raúl y lo prepotó con un «Vamos a tomar un café, pibe». Ya fuera por la carencia de sueño o debido a que en aquellos tiempos interminables sólo cabía acatar, oponerse subrepticamente o ser candidato al muere, lo cierto es que accedió mecánicamente. Caminó tras el Yeti, el nuevo día pasándole en los párpados, un sabor a Gloria reinando aún en todas sus terminales nerviosas, papilas, intersticios, poros y entretelas.

Abandonaron Tribunales para penetrar en el sonido y la mugre del Smart, sobrellevar colegas, picapleitos y confidentes, su presencia desmedida. Pidieron dos exprés y callaron. cuando los posos ya se enfriaban veloces a pesar del amparo de los pocillos, el Gordo Padilla dejó caer sobre la losa de la mesa palabras como gargajos: «Pibe, dejame decirte que no tenés ni la más

puta idea de lo pelotudo que sos, de lo muertito que podés llegar a ser. Te tenemos más junado que el tango *La cumparsita*.» Para Raúl, el café se inundó de silencio y lo hubiera mandado a la mismísima mierda de no haber percibido el nítido hedor de amenaza paraoficial, mezcla de hedor a bosta y electrodos, saqueo, pólvora y sangre derramada. Parpadeó apenas, las orejas rojas aunque congeladas como su propia voz. El batifondo leguleyo y futbolero volvió a instalarse y pudo escuchar los últimos jirones de sonido que emitía el Yeti: «... haberte dado cuenta de que lo sabemos todo. Pero, debilidades de la persona, me caés bien y creo que podemos llegar a trabar una amistad. ¿Cómo te suena?».

Le sonaba fatal. Comenzó a poder rescatar —una a una— las palabras usurpadas por el golpe de pánico, silente como una parálisis a la que se iba sobreponiendo de a poco. El otro había sido claro: tenía información «de arriba» sobre las actividades de Raúl como delegado del comité de empresa clandestino del diario y, peor aún, había visto su nombre en «la lista»; no pensaba decirle en qué puesto aunque él podía manejar la cosa, alterar el orden, borrarlo si había suerte y buena voluntad.

—Me suena raro, muy raro —dijo Raúl—. ¿Eramos enemigos? Somos compañeros, creo.

—Compañeros son los huevos. No trabajamos para el mismo patrón y no te hagas el idiota, haceme el favor. Lo que te estoy proponiendo es una tregua particular y privada, entre nosotros dos. Un arreglo en medio de esta guerra que llaman sucia, como si las hubiera limpias. No podés pedir más.

—¿Por qué?

—A ver si te avispás, pendejo. No estás en condiciones de elegir o no te conviene. En este partido, el único que elige cancha soy yo.

—Te estoy pidiendo una razón.

—Me sonrió.

—Es que no va a funcionar.

—¿Ah, no? Me río.

—No. No soy un delator.

—Tururú canadiense. Ese detalle, hoy por hoy, me importa un carajo. A propósito: qué buena está la mina que portabas ayer. La vi entrar aquí y era todo un espectáculo.

Por la noche, cuando Gloria fue al Damas a empolvarse la nariz, decidí protegerla. Abusé de su ausencia para registrarle el bolso y quitarle el llavero. A su regreso, la convidé con otro martini. «¿Cuáles son sus intenciones, caballero —bromeó—. No, gracias, ya tengo bastante por hoy. Vayamos a casa, Raúl.» Entonces monté la pantomima, palpé desconcertado todos mis bolsillos y sobreactué:

—¡Perdí las llaves, carajo!

—Siempre el mismo. No te preocupes que yo tengo mi juego en el bol-

so. Lo abrió para guardar la especie de neceser que había llevado al Damas y empezó a revolver y a inquietarse.

Muy despacio, irguió la cabeza enmarcada por un fular anudado como sólo ella sabía hacerlo; el rostro inclinado, azulado por el neón y empeñado en recordar.

—No sé qué puede haber pasado —dijo—. Estoy segura de que estaban aquí.

Como resultado de mi escamoteo tomamos otro martini y acordamos pasar la noche en un hotel por horas, donde ella se durmió finalmente y yo permanecí fumando en la oscuridad. Trataba de justipreciar el poder y las intenciones del Gordo Padilla, interpretar el porqué de su sospechoso, ridículo pacto unilateral de no agresión. Pero lo que realmente me enfurecía era su alusión a Gloria y, aunque por una noche había evitado que nos sorprendieran en casa, sabía que estaba atrapado. Si de verdad figuraba entre los candidatos al muere, debía aceptar el trato o esperar mi turno de desaparición de este puto mundo. Decidí que lo más sensato sería actuar como si nada hubiera ocurrido, manteniéndome atento a las circunstancias, fabricar esquivas sonrisas equívocas destinadas al hocico lampiño de Padilla y permanecer atento a su próxima jugada.

De modo que al día siguiente me entró un insólito cariño por mi suegra. Convencí a Gloria de que la teníamos muy olvidada a la pobre, que fuera a pasar el día con ella, que cenáramos con su anciana progenitora y que yo me ocuparía de resolver el asunto de las llaves.

Aunque antes de dejar a Gloria en casa de su madre, donde habíamos pasado la noche, había telefonado al diario para averiguar si el ambiente era saludable —vale decir, si algún desconocido de pelo corto había demostrado curiosidad por mi persona—, me detuve en mitad de la tarde para observar los alrededores del edificio. Favorito para el segundo premio a la idiotez, pretendí descubrir algún indicio de peligro. Todo parecía normal, pero no conseguí sosegarme. Perdido por perdido —pensé—, sería mejor que si algo debía ocurrir fuera en el diario y que Gloria quedara al margen. Así que entré y avancé contra la marea de la redacción sintiéndome como si tuviera que dar explicaciones urbi et orbi, como un Papa excomulgado, sin fueros, sin novia y sin fe. En suma: como si no acabara de darme una larga ducha —después de— y de tomarme un café doble. Otorgué un mísero *hola* a Leguí, el ordenanza, y me deslicé entre los escritorios impartiendo vagos saludos a diestra y siniestra, algo totalmente incierto porque allí izquierda y derecha se encontraban tan indefinidas, entreveradas y sospechosas como los ingredientes de una olla podrida.

—Eh, Raúl, te estaba esperando —me gritó el jefe de redacción desde su pecera. Me acerqué a él con cautela y sensación de riesgo, aunque supuse enseguida que, de existir algún peligro, todo hubiera sido diferente. El jefe me alcanzó un manojito de despachos arrancados de la teletipo.

—Este material —explicó— es para que te hagas una composición de lugar,

pero no le des demasiada pelota. Hay que esperar la información que nos pase Padilla sobre esas maniobras navales. Tribunales, cubrílo por teléfono.

—¿Padilla? ¿Qué pasa con Cordero?

—Que dio parte de enfermo y tuve que mandar al Yeti para ver —bromeó— si esos bichos flotan o se ahogan.

Mientras iba a mi escritorio sentí un alibio estúpido, crucé los dedos y deseé que una bala perdida o, mejor, la explosión de una santabárbara borra del mapa a ese pelagoso, falso enano.

Si bien durante los días que ocuparon las maniobras no hubo novedad en el frente —o sea, ninguna información sobre la muerte de un periodista lampiño—, al menos me vi libre de soportar la presencia del Abominable y retornaron los tiempos de Gloria. Volvimos a dormir en casa después de los festejos rituales en el Sportman, claro.

Terminada la guerrita marinera, el Yeti reincidió en la redacción, me clavó por sorpresa un dedo bajo las costillas al tiempo que decía «Tururú canadiense» y, siempre sin mirarme a los ojos, murmuró: «¿Qué tal, pibe? Pasa nada, ¿viste?», y siguió su camino. «Yeti fanfarrón —pensé—. Y yo, cagón: de cuatro gotas locas hice un diluvio.» De modo que todo volvió a la normalidad, se aplacó mi paranoia y pasaron semanas hasta que el teléfono reventó la madrugada. Entre sueños, Gloria y yo presentimos desgracias familiares, preferimos suponer que unos dedos borrachos habían confundido agujeros en un disco lejano y ajeno a nosotros. No fue así, sin embargo.

—Hola, ¿pibe?... Padilla al tubo, Raulito. Estoy en el Salón Bleu. Empilchate y venite rajando. Tenemos mucho de qué hablar y estoy solo.

Vino pitando. La voz del amo se obedece a rajatabla. Pero es buen muchacho, el Raulito este. Estuvimos dándole al alpiste como hasta las cinco o las seis, no sé. Lo llevé todo el tiempo del cabestro. Decidí de qué se hablaba, cuándo había que callar y prestar atención a los musicantes y cuál era el momento justo de ordenar otra ronda. A estos pendejos les falta disciplina y hay que meterlos en vereda para sacarlos buenos, eso es todo. Se lo veía como perro en botc. Miraba sin comprender. Esperaba tenso y extrañado, preparado para asimilar algún golpe bajo, mientras que yo le hacía comentarios sobre las minas de la barra, la goleada del último clásico, que esto y que el otro, bucyes perdidos. Tratamiento suave para ir sacándole las cosquillas. Entre eso y los tragos, se me fue amansando hasta que estuvo listo para venir a comer de mi mano.

No le dejo ver mi juego y, además, no puedo porque ni yo mismo sé qué es lo que me está pasando, qué quiero, pretendo o busco. No se trata únicamente de soledad. «Hacete de amigos», no para de decirme mami desde que la puta de la Rosa se me piantó con un coso de la DGI. Puede ser que yo no quiera que los chicos de la pesada me lo estropeen al pibe, aunque no barrunto el porqué o la razón. Cierto que es un tipo pintón, Raulito, y sabe de pilchas. Pero nunca me pasó por la cabeza imitarlo, adoptar sus camisas de

rayas fuertes con cuello y puños blancos, la elaboración de su peinado ni su cuidado bigote. Cada cual tiene su estilo propio, personal, y lo mío es lo sobrio, lo varonil, la gama de los oscuros. Sólo tengo patente que, cuando lo vi entrar en el Smart con ese cacho de hembra, algo se me retorció en las tripas si bien todavía no pesco el motivo o causa, si será la soledad sumada a alguna otra cosa que no barrunto. No es imposible que de algún modo los necesitara cautivos y decidí echar mano a mi poder —que no es tanto como le hago creer al pibe— para mantenerlos congelados, bajo control, hasta que se me despeje el bocho y vea claro. No sé. La verdad de la milanese es que el pibe no jode gran cosa con sus delirios sindicalistas y que lo de la lista me lo inventé, aunque yo tengo mis socios entre la pesada y no resultaría difícil hacer que me lo apuntaran porque me deben favores. No sé. Por ahora, lo único que tengo algo claro es lo que ya creo haber rumiado: podría ser que le hubiera estado envidiando, todo el tiempo y sin saberlo, su modo de empilchar ostentóreo, su natural elegancia, sus corbatas de seda italiana y que, descubrir la exgeración de mina que portaba, me sonara como un bofetón de alarde o desprecio. Pero esa, para mí, no es razón suficiente porque podré sentir envidia de su corbata, es un decir, pero no de esa hembra en particular. Aunque, en el fondo, ese minón de película además me suena de algo y no consigo ficharla.

Si este jugar a los rehenes, manipularlos, me gratifica, por otro lado me exige un sacrificio porque la Gloria es difícil de bancar igual que todas las tipas que la van de modernas, varoneras de vientre infecundo, autómatas del vicio. ¿Qué mierda tiene que hacer una mujer decente fuera de su casa y entre machos? Por eso a ella la meta en la misma bolsa y también la obligo a venir: si le gusta este dulce, que se lo zampe en cantidades industriales a ver si se empacha y se le van esos humos de hembra liberada. En fin, si a algunos tipos habría que engayolarlos por portación de cara, a otros por portación irresponsable de explosivos, o sea, de minas que incurren en abuso de espectáculo público y desorden municipal.

«¿Yeti? ¿Lo llaman El Yeti, Raúl? Pues entonces son unos hipócritas que se andan con paños tibios. Para mí... si fuera por mí, lo llamaría directamente Abominablese lodiríaenlacara.A-bo-mi-na-ble-de-mier-da, así como suena y con todas las letras una detrás de la otra.» Eso fue lo que le dije, pero él quería convencerme de que la cosa no era para tanto, que convenía llevarse bien con el Yeti porque era muy influyente y, en el fondo, buena gente. Pero yo sentí que mentía y estaba asustado, que Raúl no podía hacer amistad con alguien tan viscoso, con esa facha blanducha, babosienta y eunocoida que me revuelve el estómago y, menos todavía, así de sopetón, de la noche a la mañana. «Ni que fuera amor a primera vista», le dije, y se puso hecho un basilisco. ¿Qué le voy a hacer? Supongo que, en eso de elegir las amistades, cada uno es libre de hacer lo que le plazca aunque, eso sí, Raúl no tiene derecho a imponerme la presencia de esa cosa fo-

fa con su grasiento pelo lacio y su sospechosa, rala sonrisa de dientes de leche.

Me quedé de una pieza aquella primera noche en que sonó el teléfono y eran más de las diez y era el Abominable para invitarnos a comer, yo incluida en el mismo paquete. Invitarme a mí, si el cretino ni me conocía. Pero lo que me dejó realmente pasmada fue que Raúl dijera que sí y colgara sin consultarme como si yo fuera de palo. Deliberadamente exageré la nota, le chillé que yo no era un objeto y que si él tenía manija para ser llevado de un lado a otro, pues yo no y tan contenta y sin complejos. Pero, cuando Raúl me contestó que sí, que por lo visto yo tenía complejos, particularmente el de castración o envidia del pene, me entró tal risa que no tuve más remedio que rendirme, aceptar, arreglarme y vestirme como ofrenda al monster. Desde ese momento me hubiera gustado poder saludar al monster en albanés, decirle *con la boca lo que no dejo de hacer con la mirada cada vez que mis ojos chocan con los suyos, tan huidizos y repugnantes como dos ratas pulguientas rezumando peste*. Pero lo peor de lo peor, lo más postrante, es la sensación de que tras él se oculta algún siniestro significado. Me provoca el mismo tipo de desconcierto, un vahído fugaz de irrealidad encubierta que siempre me asalta cuando desemboco, por fatalidad, ante esa calle curva que se desgaja de la avenida y sólo tiene nones. La evito porque la siento como si fuera una entrada falsa y sin fondo capaz de precipitarme hacia un mundo desagradable y desconocido. Es, para mí al menos, un espejismo, un paraje sin principio ni fin que no va ni lleva a ninguna parte. Ante el Abominable, se agrega la sensación de tenerlo visto de algún sitio, como si él lo supiera y yo no, y llego a palpar la existencia de una familiaridad incierta y fantasmal que —aun con ser muy lejana y confusa— me ensucia de una complicidad no querida, de la que no me sentiré limpia hasta que borre o ubique a ese personaje en mi memoria, lo pinche a un corcho con un alfiler y pueda catalogarlo como lo que es —una sabandija gregoriana, un escarabajo pelotero— o descubra, con alivio y desinterés, que esa sensación pegajosa sólo obedece a un falso recuerdo.

En apariencia, habían regresado los tiempos de Gloria acercándose hacia él a través de la plaza, las noches de Sportman y martinis, de lecturas y prolongado regocijo. Sin embargo, el teléfono se había convertido en un negro cangrejo latente, siempre listo y siempre alerta para atrapar entre sus pinzas la cabeza de un Raúl entredormido y ordenarle, con la voz del Yeti, reiteradas incursiones hacia la noche. Claro está que intentaron dejarlo descolgado y fue peor. El Abominable no tardó en trepar las escaleras, incrustar un dedo en el ombligo del timbre. «Lindo nidito, Raúl. Lindo, lindo; lindo, de verdad. Dios quiera que puedan gozarlo durante muchos años con salud. Pero, Raúl, no con truquitos baratos ni trampitas infantiles. Atentan contra la libertad de expresión y ofenden mi inteligencia. Qué embromar, ¿somos amigos o no somos amigos?», se carcajeó, los hizo vestir y salir al frío y las tinieblas.

Desde entonces, ya no fueron sólo salidas para reventar la noche. Ahora,

también los domingos se habían vuelto terribles porque podían encerrar invitaciones al fútbol aunque, por lo general, eran hechas con anterioridad para evitar excusas del tipo «fuimos a una raviolada que hizo mi vieja».

—Las madres son sagradas, son santas —había dicho el Yeti tras el primer pretexto—. Eso, al que me lo discuta, le rompo la cara. Pero un gremialista no debe perder el contacto con las masas, vibrar junto a ellas en las tribunas. A mover el culo, pibe, andando que es gerundio. Todavía te faltan mucha cancha y estaño como para soñar con sobrarme.

De modo que el intruso había tomado el control de la situación, invadido la intimidad, perturbado el disfrute del amor, aguado los martinis. En suma, Gloria y Raúl, de hecho rehenes en libertad vigilada, se vieron impregnados de cautela y clandestinidad incluso al ejecutar el más íntimo de los gestos.

Les saltaron al cuello madrugadas turbulentas que crecieron de la queja al reproche, de la bronca a la trifulca. Cuando Gloria fue enterada o comprendió que la red en la que estaban atrapados integraba el aparato de los caballeros teutónicos de pelo corto y frecuentes bigotes, cambió la pataleta por la paranoia, por un miedo sensato y justificado. Desde entonces permaneció muda y parálitica en las citas nocturnas con el intruso.

Tenía que suceder y fue en una de esas noches. El gordo Padilla los había citado en el Bar Pigalle, un lugar de silencio tenebroso que pareció alentar sus desplantes de matón compungido. No bien llegar notaron que el rostro del intruso, sudado, ceroso y estático, ya indicaba que el whisky antes de salirse por la boca pugnaba por desbordarse desde las orejas. La mirada perdida hacia dentro, el Yeti masticaba en vacío, los maseteros palpitantes bajo sus patillas, pobre recurso de actor barato. Gloria y Raúl pidieron la misma bebida —era tabú compartir martinis en presencia del Yeti— y permanecieron mudos hasta comprobar de dónde venían los tiros.

—Ah, ¿así que ya llegaron, que están aquí? —fingió levantarse y gesticuló, torpe, blandos ademanes pretendidamente caballerosos—. Recién lo noto o los veo: dos lechuzas en la rama, como muy instalados y al mismo tiempo con ganas de levantar vuelo. Me da risa, culos de mal asiento. Pero a joderse. Paciencia, despacito y por las piedras porque yo estoy más jodido por una jodida mujer y, si me mamo, no es para olvidar.

»¿Me siguen? Pero no creerse que ella se va a salir con la suya. No, claro que no. Porque Orlando Padilla, que soy yo, mando y ordeno: hoy es un día célebre que debemos celebrar todo el mundo y que le den para tabaco a la Rosa. Digo más: este es un día triste, célebre y al mismo tiempo doloroso, como dijo un viejo al que le rompieron el culo. Con perdón de la señora.»

Se irguió de un salto y su silla cayó con estruendo. Sacudió violentamente con las puntas de sus dedos flojos los alrededores de la bragueta donde se había desprendido la brasa de su cigarrillo. Mientras levantaba la silla, gritó: «Mozo, otra copa.» Volvió a sentarse y parecía algo despejado.

—Yo sé que me comprenderás, pibe. Vas a comprenderme porque tenés que hacerlo y basta, porque es tu obligación de amigo y lo que yo digo va a

misa. Ya conocés parte de la historia, querido. Te la cuento igual, refresco tu débil memoria: ¿No voy como un gil y me caso con la Rosa contra la voluntad de mi santa madre? Llevo al altar a esa arrastrada, y ¿cómo me paga? Con la más vil de las traiciones. Sabés poco y nada de lo que es la vida, pichón. Todavía no pasaste por este trance, pero con las mujeres nunca se sabe. No son de fiar.

Tragó medio vaso de su nuevo whisky, bizqueó, carraspeó, se enjugó la boca con el dorso de la mano y volvió a perder la mirada, ahora por los rincones invisibles del local. Después dijo:

—No son de fiar, no son de fiar. Esto, metétele en la cabeza y no te cobro nada por el consejo. ¿Y cómo te crees que me paga la muy... la muy? Te lo digo igual y te respondo a tu silenciosa pregunta porque para eso están los amigos. ¿O no? ¿O acaso no es verdad? A ver, contestame. Bah, mejor no digas nada. Y ahí va lo que no sabés: que la Rosa va y me deja y se deja, ¿por quién?, por un reverendo maricón director de la DGI y de cuyo nombre, de cuyo nombre... Pues, eso, ni más ni menos. Fijate vos. Formate una idea o composición de lugar. Es que esa mina, lo que quiere es tenerme atado de pies y manos, la muy... eso... ah, sí, la muy suripanta. ¿Te gusta la palabra? Surri-pan-ta. ¿No te parece que suena bien? Suena a fino, muy fino, no me lo vas a negar. Lo que yo quiero es mantener la dignidad y este asunto hay que manejarlo con guantes blancos porque está metido hasta el Papa. Ojo, que también hablo en fino or respeto a la dama aquí presente. Prometo, doña Gloria, prometo y juro que, de aquí en adelante, suripanta y sólo suripanta. Nada capaz de ofender.

»Pero, bueno, sigo de una vez. Decía que, no contenta con abandonar a este varón y dejarlo como si fuera un cornudo ante la oficialidad y la plana mayor, ahora pretende... Ahora bien, las orejas para lo que pretende esta otra señora. ¿Qué es lo que quiere o pretende? Poquita cosa, casi nada, macho. Ni más ni menos que ese llamado Tribunal de la Rota anule nuestro casorio. Haceme el favor. Qué cosa más loca. Si nadie en el mundo cristiano puede estar más rota que la Rosa. No sé si reír o llorar, la verdad.

»¿Motivo o causa que aduce la citada señora en fojas uno?, se preguntarán ustedes ambos a dos con asombro o simple expectativa. Casi nada, nada menos que el non consumato o como se diga eso y que es lo que viene a alegrar la suripanta. Me acordé, ¿vio, doña? Usted se lo merece. Flor de puta, la Rosa, digo. Ahora bien, veamos: si la Rosa me pone entre la espada y la pared, tendré que defenderme, que contraatacar. Por más que la quiera todavía, no tengo más remedio. Y, por mi madre, por mi santa madre, que le voy a dar un sosegate, un alegre ma non tropo de campeonato. Es fácil, facilísimo, ustedes dos me salen de testigos, la denunció por abandono del hogar y tururú canadiense.»

—¡Hijo de puta! —estalló Gloria—. Ya sabía que te conocía de alguna parte. Sos, el gran masturbador y ahora lo tengo todo muy claro.

El odio y la sorpresa pasmaron al Abominable. Intentó ponerse en pie,

pero se desplomó en la silla. Apoplético, jadeaba y no le salían las palabras. Gloria y Raúl iniciaron una veloz retirada estratégica.

A raíz de ese incidente ella ya no surgió, como cada tarde, de la abusiva sombra de los gomeros y se clausuró la ceremonia con martinis resecos en el Sportman. Raúl pidió vacaciones anticipadas en el periódico y un amigo les prestó su casa en una playa desierta.

Todavía no se había inaugurado la temporada y el tiempo, como si lo supiera, era áspero y ventoso. Sólo por las mañanas el bote de un pescador solitario, la bandada de gaviotas angurrientas y un par de perros desgredados alborotaban el paisaje.

Gloria se había bloqueado: ninguna explicación, ningún motivo para su reacción en el Pigalle.

Recién cuando cierta noche Raúl fracasó en su intento de emular los martinis perfectos del barman de la capital —proporción y tiempo exactos del contacto entre hielo y alcohol, el toque preciso de cáscara de limón estrujada—, Gloria pareció reaccionar a pesar o por efecto de la fórmula irrepetible de la extraña bebida.

Estaban tumbados fuera de la casa sobre lonas y toallas. Desde la ventana apenas si les llegaba una luz sosegada, las olas oleaban y las estrellas abusivas, en plena madurez, podían tocarse con la mano. Era la ilusión de estar en un fin del mundo particular.

Y Gloria rompió el silencio.

—Abundan las frases ingeniosas sobre la preparación del martini —dijo—, pero la menos original o la más cursi es la que inventó o robó Margarita, una antigua amiga no recuerdo si chilena o peruana. «Yin con Yin», decía y repetía riendo, arrastrando y haciendo raspar la ye entre los dientes.

—Sí, pero este no me salió siquiera *yyyin con yyyin*, sino gin con vaya a saber qué mojo extraño.

—Se deja tomar. Está áspero y aguado al mismo tiempo y, eso, no cualquiera lo consigue.

Rieron y, fracasado o no, fueron bebiendo pausadamente todo el contenido del cacharro lleno de presunto martini. Entonces Gloria miró en los ojos de Raúl el tenue brillo que permitía adivinar la penumbra, le dibujó una caricia en torno al flanco luminoso de su cabeza y preguntó:

—¿Alguna vez podrás perdonarme?

—Basta ya de masoquearte. No hacen falta explicaciones. Desde que todo esto empezó, estamos en el mismo bote.

—¿Y si yo quiero?

—Si de verdad es así, adelante con los faroles. Hablar puede ayudarte, hacerse bien. Además, todavía no entiendo lo que pasó y me gustaría saberlo.

Ella bebió un sorbo de falso martini, aclaró «penúltimo trago» y dijo «sí, quiero». Tras vacilar por un instante, dijo:

—He aquí la triste historia del gran masturbador. Erase una vez un esper-

pento que estaba en lo más profundo de mi memoria. Muerto y enterrado y en paz. Pero esa noche en el Pigalle se levantó la piedra y ahí apareció el verdadero rostro del monster, de ese gusano despreciable. Ahora ya no me eriza el recuerdo y, repito, sé que te debo esta explicación. Ahora sé que lo había asumido mal, como una culpa, y hasta puedo ponerle humor a la cosa. Con mi novio de la adolescencia íbamos por la nohecita a la plaza del barrio para hablar en braille. Cierta día abundaron rumores sobre una presencia siniestra en la plaza. Nadie se los creía, salvo las madres de todo el vecindario que dieron la voz de alerta, intentaron imponer prohibiciones. No les hicimos caso, pero nos inventamos coartadas. Cada chica pasaba las primeras horas de las noches de verano en casa de cualquiera de las demás chicas y las demás chicas en casa de cualquiera de las primeras chicas. Era así como se funcionaba entonces.

Gloria bebió otro de los múltiples penúltimos tragos y continuó:

—El rumor fue creciendo y el *club de madres de hijas virtuosas*, que es siempre espontáneo y nunca falta, empezó a inventar violaciones, lo que forzó la formación de un *club de padres en defensa del himen de las niñas*. Ninguno de ellos creía ni quería creer que su propia hija no estuviera donde había dicho estar. Iban en ayuda de los demás, pobres padres infelices y sin autoridad.

»De modo que formaron un par de piquetes para la caza del monstruo que la mitología ciudadana —o alguien que había entrevisto algo o sabía demasiado— había bautizado como el Hombre Pasto. Pasaron noches infructuosas, pero la perseverancia paterna fue premiada.

»Aquella era una plaza que había sido casco de estancia. Poco iluminada y con zonas tenebrosas debido a la rotura deliberada de ciertos faroles. Muy bien: quiso la fatalidad que el intruso fuera descubierto casi pegado al banco donde mi novio y yo estábamos en pleno parloteo táctil. Dieron el alto al *Hombre Pasto* y lo enfocaron con potentes linternas. Reptaba sobre el césped y toda la ropa que llevaba puesta era verde. Le dieron de patadas y algunos, armados con palos, se enseñaron. Lo único que atinó a decir el pobre infeliz, cuyo delito o vicio sólo consistía en espiar, fue «tururú canadiense, tururñau canadiense», un tururú interminable mientras se retorció bajo los golpes. Por eso, por esas absurdas, compulsivas palabras que son como un tic, supe de pronto quién era el Yeti o quién había sido y el desprecio aventó el terror. No pude controlarme. Siento mucho no haber podido hacerlo aquella noche en el Pigalle. De verdad que lo lamento, Raúl».

Semanas después, noticias de amigos de la capital afirmaron que ya había pasado el chaparrón, pero Raúl no se confió hasta que habló desde el pueblo con José, su segundo en el comité de empresa, y éste le dio la gran noticia:

—El Yeti dejó el diario y ahora trabaja en exclusiva para la DGI. Ahí prácticamente sólo tiene que ir para cobrar a fin de mes. Ventajas de tener una ex esposa amante de un capo.

—¿Te parece que podré volver tranquilo?

—Yo diría que sí, pero esa decisión es toda tuya. No sé si me entendés.

—Sí. Lo tengo muy claro.

Fue así que regresaron, eligieron creer que nada había sucedido y se esforzaron por revivir los prodigios del tiempo perdido cuando Gloria emergía gloriosa de la sombra abusiva de los gomeros, cuando los martinis sabían a gloria y los enanos gigantes apenas si eran personajes de cuentos de hadas.

Por ese entonces se comenzó a murmurar que el régimen iba a caer por su propio peso; otros proclamaban que perduraría cien años, mientras que cada uno hacía lo que podía. O no. Más bien, no.

Entre la esperanza y la desesperanza, comenzaron a transcurrir días de plomo que se precipitaban uno tras otro, como las líneas de una linotipo, forzando a que la historia se leyera gris y del revés, a que la nostalgia sustrajera el porvenir.

Y ocurrió que, en mitad de la noche, vino a sobresaltarlos un crispante frenazo; metros de neumáticos impresos sobre los adoquines. De inmediato, breves órdenes sonaron en el vacío. Hubo golpear de portezuelas; sonar de botas y metales bajo las ventanas y ya, sin que pasara un instante, la puerta se astilló, se vino abajo. Insultos, culatazos, patadas. Esposas, capuchas y afuera, hacia los automóviles sin tener noción del suelo bajo los pies. Eficiencia probada.

«Rajemos ya», sonó una voz. «Tranquilo que hay mensaje», resonó otra. Gloria y Raúl, a pesar de las capuchas que cubrían sus cabezas, notaron que bajaban el vidrio, que alguien introducía su cabeza jadeante por la ventanilla.

Tras un breve silencio una tercera voz, ahora familiar, susurró con extrema dulzura: «Tururú canadiense» y hubo dos golpes sobre el techo del automóvil.

Ahora sí, los coches partieron hacia sus madrigueras clandestinas. Sin novedad. Operativo, limpio y exitoso. Viva la Patria.

JORGE ONETTI
(Deto Il Veronetti)